

---

# Páginas

## literarias

Comenta Diego JOVER

---

«—No son brujas, Casiana. Son las Efémeras, espíritus mensajeros de lo que en el mundo llamamos la actualidad. Traen y llevan el suceso del día. Aquí se congregan, sin duda, para distribuirse el trabajo y ver a dónde transmiten sus raudas informaciones. No tengas miedo, que aunque algunas veces son portadoras de mentirijillas o falsedades inocentes, no hacen daño a los mortales, sino, antes bien, los entretienen y halagan. ¿Ves cómo abaten el vuelo, acercándose cada vez más a nosotros? Parece que quieren conversación. Has de saber, hija mía, que son muy traviesas y habladoras.

Gradualmente descendían las silfides en su giro vertiginoso y nos aturdían con aquel rumor, que no sé si era cháchara o graznido, bullanga de risas o estridentes exclamaciones de alegría burlesca. Con rápida inspiración pedí a los tejedores de cañizo que nos prestasen dos cañas, y pertrechados Casiana y yo con estas inocentes armas, acometimos a cañazo limpio a las Efémeras cuando ya pasaban rozando nuestras cabezas.

Por fin logré atrapar a una cogiéndola por la

túnica, y la traje al suelo. Era lindísima: sus mejillas coloradas echaban fuego; sus ojos, luz; sus cabellos, negros y rizosos, delataban las manos del viento jugueteón.

—¿De dónde vienes tú? —le dije—. ¿Has visto entrar en España muchos frailes?

—Sí, señor don Tito —respondió ella con amable donosura—. Yo pertenezco al grupo Céfireo y trabajo en la parte de los aires que ustedes llaman Noroeste. En Coruña vi entrar una partida de hombrachos vestidos de estameña y con unas correas llenas de nudos. Eran franciscanos.»

«Casiana logró atrapar otra ninfa, rubia como las espigas, de ojos azules, la cual, antes de que la interrogasen, se arrancó con esta graciosa respuesta:

—Yo soy del grupo Bóreas, que vosotros decís Norte, y en la frontera de Irún he visto entrar una patulea sin fin de fraillucos.»

«Sin necesidad de esgrimir nuestras cañas, otras **Efémeras** fueron bajando, alegres y decididas. Una de ellas, de cabello castaño y ojos verdes, ondulante y saltarina, vestida de túnica roja, nos dijo:

—Mi puesto de vigilancia está entre las regiones de **Coecias** y **Apellotes**, que es como decir Nordeste y Este. Vi entrar por el golfo de Rosas una barcada de dominicos y otra de trinitarios.»

«Compareció seguidamente una nueva **Efémera** de túnica negra recamada de oro, quien, después de declarar que venía de la región de **Eurus** (Sudoeste), nos informó de que en Cartagena habían penetrado mesnadas de agustinos recoletos.»

«Recorriendo el cuadrante hacia la región **Notus**, entiéndase Sur, otra ninfa de los aires, no menos graciosa que sus hermanas y muy bachillera, nos contó que por Almería había penetrado un buen golpe de monjas.»

\* \* \*

Estos son algunos párrafos entresacados del capítulo XXIII de «Cánovas», último de los Episodios Nacionales, la inmortal obra del gran novelista Benito Pérez Galdós.

Sin entrar ni salir en la manera de pensar del autor, cosa que ya han hecho otras plumas más expertas y documentadas, me ha animado a escribir estas sencillas líneas la relación que hace Pérez Galdós de algunos de los vientos más importantes, así como de su dirección, y, sobre todo, el error escapado de la pluma del autor, que seguramente habrán descubierto todos los que se hayan molestado en leer los párrafos anteriores.

Este error fue descubierto casualmente, al leer una edición, hecha en 1971, de los Episodios Nacionales; por miedo a que fuese simplemente un error de imprenta, traté de consultar otra edición más antigua, y, efectivamente, en una fechada en 1912, aún en vida del autor, se observa el mismo fallo.

Para no alargar demasiado este artículo, remito a los que pudieran estar interesados en los nombres de los vientos, en la antigüedad y en sus direcciones correspondientes, a la colaboración aparecida en el número 5 del Boletín de la AME (correspondiente al primer

trimestre de 1968), original del meteorólogo don Carlos Zabaleta Vidales.

\* \* \*

Benito Pérez Galdós nació el 10 de mayo de 1843 en Las Palmas, ciudad en la que cursó sus primeros estudios; en 1862 se trasladó a Madrid para iniciar sus estudios de Derecho, que terminó en 1868, y que, sin embargo, no ejerció nunca.

Entre 1869 y 1873 se dedicó al periodismo, escribiendo en «Las Cortes» y «El Debate» y otros periódicos, donde aparecieron sus primeras novelas.

A partir del año 1873 se consagró plenamente a la literatura, escribiendo hasta marzo de 1875 los diez primeros **Episodios Nacionales**, y entre junio de 1875 y marzo de 1883 publicó los diez tomos de la segunda serie y las novelas «Gloria», «Doña Perfecta», «La familia de León Roch», «Marianela», «El amigo Manso», «El doctor Centeno» y «La desheredada».

A partir de 1886 se dedicó a la política como diputado, sin que estas obligaciones le impidiesen seguir escribiendo, pues hasta 1890 publicó «Fortunata y Jacinto», «Torquemada en la hoguera» y «Angel Guerra», entre otras muchas obras.

En los años comprendidos entre 1891 y 1896 escribió «Tristán», «La loca de la casa», «Torquemada en la cruz», «Halma» y algunas obras de teatro que no tuvieron gran éxito.

El 7 de febrero de 1897 ingresó en la Real Academia de la Lengua, contestándole a su discurso de entrada el gran polígrafo Menéndez Pelayo; en este mismo año escribió «Misericordia».

En los últimos años del siglo pasado añadió otra serie a los **Episodios Nacionales**; en el año 1901 se estrenó con gran éxito su drama «Electra»; hasta 1908 escribió numerosos dramas y varios episodios nacionales más.

Entre los años 1911 y 1913, una serie de operaciones de cataratas, con escaso éxito, hizo que Pérez Galdós perdiese la vista por completo, lo que no fue obstáculo para que aún publicase algunas obras, tales como «Alceste», «Sor Simona», «El tacaño Salomón» y los últimos episodios nacionales.

Los últimos años de su vida los pasó Pérez Galdós en el número 7 de la madrileña calle de Hilarión Eslava, donde aún se conserva una plaza que lo acredita, y allí falleció el 4 de enero de 1920.